

SUBIR AL GRANERO

Dice mi padre que no sabe cómo podían subir con sacos de 70 Kg al hombro y descalzos, por esas escaleras tan empinadas, desde la calle hasta la segunda planta de casa.

Allí en la planta más alta, estaba y está el granero, porque aunque con otro uso, lo seguimos llamando así. Un espacio amplio, poco compartimentado y bien joreado, donde se guardaba el grano, la cebada para dar de comer a los animales durante todo el año.

Y allí subían descalzos, porque era peor subir y bajar con los granos metidos dentro del calcero, con los sacos al hombro, y los descargaban extendiéndolos y repartiéndolo por todo el suelo, para que no se hundiera por el peso.

Luego se iba bajando poco a poco, para las caballerías, las gallinas y los tocinos que ocupaban las cuadras y el corral en la planta calle. Subir para luego bajar, no parece muy lógico, pero aunque no le daban mucha importancia al trabajo físico, imagino que no disponían de otros espacios adecuados y con mejor acceso.

El granero, o los graneros, fueron también el espacio donde se hacía el mondongo y se freía la conserva, y como con los sacos del cereal había que subir todo escaleras arriba. Allí, en un hogar que hacía bastante humo, se hacían bolas, morcillas, chorizos, butifarras... todo lo derivado de la matacía y se guardaban encima de mesas y cañizos tapados con paños y también colgadas de trancas.

Se guardaban las cazuelas con la conserva, las tinas con el aceite que se compraba a granel, terrizos, cántaros...y algunos trastos que no eran muchos porque no se renovaban tanto las cosas como ahora, todo duraba hasta que se rompía y no se podía reparar más.

También se guardaban colgadas en trancas y cañas las mejores uvas que se iba seleccionando cuando se vendimiaba en octubre y que luego se comían de postre o como merienda con pan. Duraban casi hasta diciembre y que bueno sabía picar algunos granos cada vez más dulces cuando te mandaban a buscar algo al granero.

Todo cambia y también han cambiado las costumbres y el uso de muchos espacios de la casa, dejaron de criarse animales en casa y las caballerías, los machos o los abríos fueron sustituidos por los tractores, con lo que el grano se entregaba casi todo al Servicio Nacional del Trigo, se guardaba en cocheras, naves y más recientemente en la cooperativa.

Quedaron libres las plantas bajas, las bodegas o masaderías (en casa aún hay un cuarto que llamamos así, donde estaba la masadera para masar el pan) y se convirtieron en despensas, las cuadras en salones, los corrales en jardines y los graneros se fueron convirtiendo en lugares para guardar trastos, zarríos, que cada vez eran más, porque con el mayor poder adquisitivo se fueron renovando muebles, ropas, vajillas y otros enseres, y todo lo viejo iba al granero.

Porque aunque ahora nos parezca una novedad y una necesidad para no acabar con los recursos del planeta, la regla de las tres erres, reducir, reutilizar y reciclar, ya la practicaban hace muchos años nuestros abuelos. Se compraba solo lo necesario, porque no había para más o había que ahorrar, por lo que pudiera

venir, la ropa se remedaba, se tuneaba y daba otros usos, las pocas botellas de cristal se guardaban para embotar tomate, y las escasas latas de conserva que se consumían, siempre tenían un segundo uso, los restos orgánicos se los comían los animales y lo poco que quedaba iba al montón del fiemo o de compost que le llamamos ahora.

No había contenedores para reciclar pero se guardaba todo por si podía servir para otra cosa o cuando ya no tenía más uso, las telas viejas, periódicos... recuerdo que junto con las pieles de los conejos se las llevaba el Sr. Conrado, que venía andando desde Erla con un carro, a cambio muchas veces de naranjas o alguna otra fruta.



Y al granero subíamos de niños a jugar, y más tarde a curiosear. El granero fue un lugar de descubrimiento de objetos y sus historias que han ido componiendo nuestra historia, la de nuestra familia y nuestro pueblo.

Allí descubrimos la enciclopedia y los cuadernos de la escuela de nuestros padres, sus carteras de cuero y plumieres de madera. Los baúles y arcas llenos de colchonetas y ropas antiguas, los zapatos de boda de nuestras abuelas y madres, alguna cuna, romanas, esquilas, medidas de trigo el cuartal, el almuz, porgaderos, el farol de la galera...

Pucheros, marmitas, estrudes, tenazas, fuelles, calderos, raseras, cedazos, chocolateras, molinillos de café, cántaros y tinajas. Cuencos de poner en legía, esos que tienen un agujero en la parte de abajo tapado con

corcho, donde se colaba la ceniza para convertir en lejía, de ahí lo de "hacer la colada" imagino. La lavadera de madera y el cajón de arrodillarse con su almohada para cuando se iba a lavar al barranco, los cajones de madera donde se escudillaba el jabón que se hacía en casa con las grasas usadas que se iban guardando, y hasta el alambre con que se cortaba en tajos una vez solidificado. La tumbilla donde se secaba la ropa con el calor de las brasas y las planchas de hierro, que se calentaban en la cocinilla o se llenaban de brasas.

Muchos objetos que no sabíamos que eran y preguntando fuimos sabiendo su historia y porque se guardaban, así encontré el sombrero de Don Quijote, una bacía de barbero, porque en casa hubo una barbería, y allí estaba la bacía junto con unas maquinillas de cortar el pelo, como las que vimos usar a Don Pepe.

Luego se fueron guardando los libros de la escuela, cuadernos, fajos de periódicos, los botijos y cazuelas que unos años más tarde y con tanta alegría rompimos en las cucañas de las fiestas, y los que se salvaron adornan ahora patios y salones. Cabeceros de camas, mesillas, sillas de formica y de skay, que la moda

vintage nos ha devuelto como mobiliario de algunos bares de estilo retro, esos con una silla de cada manera.

Y así, por diferentes motivos, porque ya no cabían más cosas y había que hacer limpieza, porque las modas nos llevaron a recuperar muchos enseres, o porque se necesitan espacios para hacer habitaciones y poner camas para los nietos, se van limpiando muchos graneros y reconvirtiendo para otros usos.

Esto que escribí antes de la pandemia, me ha hecho pensar en la nostalgia, apegos y emociones que me producen estos objetos y espacios de la casa y que nos atan a ella, a veces de una forma no sé si demasiado fuerte, como para no querer desprendernos de ellos.

Durante este tiempo han aparecido numerosas publicaciones ensayos y novelas sobre la vida en los pueblos, la vuelta a lo rural, la idealización de la vida en el campo, los recuerdos y nostalgias de esas infancias en los pueblos...

No creo que cualquier tiempo pasado fuera mejor, pero sí que todos esos objetos y espacios nos llevan a una historia, una forma de vida, que es la de nuestros padres y abuelos y por tanto la de sus descendientes. Por lo que nos han contado, por los recuerdos, por los esfuerzos que han significado para la vida y el trabajo de nuestras familias, esos objetos, espacios, sus historias, tienen un valor sentimental, generan emociones, a veces difíciles de explicar. Creo que nos unen, crean lazos con los mayores, con la casa de la que nos sentimos parte, con nuestros amigos de infancia con los que compartimos vivencias, con nuestro pueblo y sus costumbres.

Entre esas lecturas, he encontrado una explicación con la que puedo identificarme y está en las reflexiones de la escritora Luz Gabás, en una nota de la autora al final de su libro "El latido de la tierra", que habla de esta herencia emocional y porque nos duele más a quienes hemos crecido vinculados al medio rural.

Habla, entre otras cosas, de que en su generación, que puede ser la mía, nuestros padres hicieron lo posible porque estudiáramos y nos dedicáramos a otra cosa que ellos, pero al mismo tiempo que nos incorporáramos a ese mundo moderno en las ciudades, seguíamos volviendo al pueblo en fines de semana y vacaciones a ayudar o cuidar de la casa, responsabilizándonos del cuidado de ese patrimonio, lo que ha supuesto una carga emocional y nos ha llenado de nostalgia. "Nos convirtieron en testigos y guardianes de un modo de vida cuya desaparición preveían, incluso anhelaban, pero que, a la vez, asumían con cierta tristeza".

De una cosa me he ido a otra, del granero a los trastos, de estos a las emociones... sea como sea, ojala los graneros encuentren un uso, lo que significará que las casas siguen vivas, y hay gente que sigue subiendo al granero y encuentra pequeños tesoros que le cuentan historias de otra época, de otras vidas. Quizás encuentren mis primeros libros de la escuela, los catecismos, mis cuadernos, que todavía andan por ahí, mi vestido de comunión, mi máquina de escribir Olivetti, o el radio cassette que no quiero tirar.

Anamari Beamonte